

En la Ascensión del Señor

- Significados de la Ascensión del Señor.
- De la Resurrección a la Ascensión.
- El misterio de la comunión con Cristo. En el cielo y en la tierra.
- En la eternidad y en el tiempo. Todo es relativo al Absoluto.
- Mirar desde lo alto.

Antonio Orozco

Arvo Net, 10 de mayo 2005-2012

Al conmemorar la Ascensión del Señor, la Iglesia se llena de alegría: «Cantad a Dios, tocad en su honor, *alfombrad el camino del que asciende sobre las nubes. Aleluya*».

Desea que nada perturbe el encanto de ese momento glorioso. *Alfombrad el camino*. Embellecedlo.



Benedicto XVI, con toda sencillez, nos explica el primer significado profundo del misterio: «¿Qué nos quiere decir la fiesta de la Ascensión del Señor? No nos quiere decir que el Señor se ha ido a algún lugar alejado de los hombres y del mundo. La Ascensión de Cristo no es un viaje en el espacio hacia los astros más remotos; pues en el fondo, también los astros están constituidos de elementos físicos como la tierra. La Ascensión de Cristo significa que ya no pertenece al mundo de la corrupción y de la muerte, que condiciona nuestra vida. Significa que pertenece completamente a Dios. Él, el Hijo Eterno, ha llevado nuestro ser humano a la presencia de Dios, ha llevado consigo la carne y la sangre de forma transfigurada. El hombre encuentra espacio en Dios, a través de Cristo; el ser humano ha sido llevado hasta dentro de la vida misma de Dios. Y, dado que Dios abraza y sostiene a todo el cosmos, la Ascensión del Señor significa que Cristo no se ha alejado de nosotros, sino que ahora, gracias al hecho de estar con el Padre, está cerca de cada uno de nosotros, para siempre. Cada uno de nosotros puede tutearle, cada uno puede dirigirse a Él. El Señor se encuentra siempre al alcance de nuestra voz. Podemos alejarnos de Él interiormente. Podemos vivir dándole las espaldas. Pero Él nos espera siempre, y siempre está cerca de nosotros» (Benedicto XVI, Hom. 7.05.2005)

Jesús ha cumplido su misión en la tierra. El Verbo se ha hecho carne, hombre como nosotros salvo el pecado; ha nacido, ha trabajado, ha padecido, ha muerto, al tercer día ha resucitado y a los cuarenta días, desde un monte alto, ante los discípulos más allegados, asciende sobre las nubes, hasta que éstas –símbolo del poder y la trascendencia de lo divino- le ocultan.

Aquellos que se entristecieron en la despedida de la Última Cena, ahora, cuando les deja definitivamente, se ponen más contentos que nunca. Cuarenta días han sido suficientes para conocer unos nuevos modos de vivir. Han visto a Jesús con las llagas que abrieron los clavos y la lanza en el Calvario, pero rebosante de vida, señoreando sobre el espacio, las puertas, los caminos y el tiempo. Vuelven

contentos a casa y luego cumplirán con alegría, hasta el heroísmo, la misión recibida: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura...».

De la Resurrección a la Ascensión

Pero que ha sucedido en los cuarenta días que median entre la Resurrección y la Ascensión. Mucho habría que decir porque mucho habló Jesús con sus discípulos. Permitamos que nos cuente algo de ello a san León Magno, papa de gran prestigio, desde 440 hasta 461. En su Sermón 1 sobre la Ascensión del Señor, dice:

«Aquellos días, queridos hermanos, que transcurrieron entre la resurrección del Señor y su ascensión no se perdieron ociosamente, sino que durante ellos se confirmaron grandes sacramentos, se revelaron grandes misterios.

En aquellos días se abolió el temor de la horrible muerte, y no sólo se declaró la inmortalidad del alma, sino también la de la carne. Durante estos días, gracias al soplo del Señor, se infundió en todos los apóstoles el Espíritu Santo, y se le confió a san Pedro, después de las llaves del reino, el cuidado del redil del Señor, con autoridad sobre los demás.

Durante estos días, el Señor se juntó, como uno más, a los dos discípulos que iban de camino y los reprendió por su resistencia en creer, a ellos, que estaban temerosos y turbados, para disipar en nosotros toda tiniebla de duda. Sus corazones, por Él iluminados, recibieron la llama de la fe y se convirtieron de tibios en ardientes, al abrirles el Señor el sentido de las Escrituras. En la fracción del pan, cuando estaban sentados con Él a la mesa, se abrieron también sus ojos, con lo cual tuvieron la dicha inmensa de poder contemplar su naturaleza glorificada.

Por tanto, amadísimos hermanos, durante todo este tiempo que media entre la resurrección del Señor y su ascensión, la providencia de Dios se ocupó en demostrar, insinuándose en los ojos y en el corazón de los suyos, que la resurrección del Señor Jesucristo era tan real como su nacimiento, pasión y muerte.

Por esto, los apóstoles y todos los discípulos, que estaban turbados por su muerte en la cruz y dudaban de su resurrección, fueron fortalecidos de tal modo por la evidencia de la verdad que, cuando el Señor subió al cielo, no sólo no experimentaron tristeza alguna, sino que se llenaron de gran gozo.

Y es que en realidad fue motivo de una inmensa e inefable alegría el hecho de que la naturaleza humana, en presencia de una santa multitud, ascendiera por encima de la dignidad de todas las criaturas celestiales, para ser elevada más allá de todos los ángeles, por encima de los mismos arcángeles, sin que ningún grado de elevación pudiera dar la medida de su exaltación, hasta ser recibida junto al Padre, entronizada y asociada a la gloria de aquel con cuya naturaleza divina se había unido en la persona del Hijo.

Impresiona pensar que toda criatura humana está llamada a ascender hasta la altura del ser alcanzado por Cristo. *Seremos semejantes a Él*, dice san Juan (1 Jn 3, 2). Ahora, ya en Él, el cristiano *en gracia* es en Cristo hijo, hermano y heredero de Dios. Es el misterio de la comunión con Cristo.

El misterio de la comunión con Cristo

El secreto se encierra en estas palabras: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Hay diversos modos de presencia real de Jesucristo. Se ha ido y se ha quedado a la vez, porque se encuentra realmente en la Eucaristía –con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad-; y de otro modo – en Espíritu- permanece en el corazón del discípulo en gracia de Dios. No es menos cierto, pues, que también ellos han *ascendido* con Él a la derecha del Padre.

Así dice Agustín en la segunda lectura de la Liturgia de las Horas:

«Nuestro Señor Jesucristo ascendió al cielo tal día como hoy; que nuestro corazón ascienda también con él. Escuchemos al Apóstol: *Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra.* Y así como él ascendió sin alejarse de nosotros, nosotros estamos ya allí con él, aun cuando todavía no se haya realizado en nuestro cuerpo lo que nos ha sido prometido.»

Hay una maravillosa *comunión* entre Cristo-Cabeza y sus miembros, entre la Vid y los sarmientos, entre los fieles y su Salvador. Formamos un solo Cuerpo, que es la Iglesia. Así la llama Pablo: «Cuerpo» (de Cristo). La naturaleza de ese Cuerpo es misteriosa, por eso le añadimos «místico»: Cuerpo místico. Es como un organismo vivo, con la diferencia de que los miembros del Cuerpo Místico son personas libres. Pero todas se hallan en comunión vital con la Cabeza y con los demás miembros, de modo que cada uno es miembro no sólo de la Cabeza sino también de los otros miembros. Lo que sufre un miembro, de un modo misterioso pero real, lo sufre la Cabeza y lo sufren los demás miembros; y lo que disfruta uno lo disfrutan todos.

En el Cielo y en la tierra

Así pues, Cristo vive en el Cielo y en la tierra y nosotros en la tierra y en el Cielo. Las dos cosas son verdad. Agustín lo ve claro:

«Él fue ya exaltado sobre los cielos; pero sigue padeciendo en la tierra todos los trabajos que nosotros, que somos sus miembros, experimentamos. De lo que dio testimonio cuando exclamó: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Así como: *Tuve hambre, y me disteis de comer...*»

Continúa el santo obispo de Hipona:

«¿Por qué no vamos a esforzarnos sobre la tierra de modo que gracias a la fe, la esperanza y la caridad, con las que nos unimos con él, descansemos ya con él en los cielos? Mientras él está allí, sigue estando con nosotros; y nosotros, mientras estamos aquí, podemos estar ya con él allí. Él está con nosotros por su divinidad, su poder y su amor; nosotros, en cambio, aunque no podemos llevarlo a cabo como él por la divinidad, sí que podemos, por el amor hacia él. No se alejó del cielo cuando descendió hasta nosotros; ni de nosotros, cuando regresó hasta él. Él mismo es quien asegura que estaba allí mientras estaba aquí: *Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo.* Esto lo dice en razón de la unidad que existe entre él, nuestra cabeza, y nosotros, su cuerpo.»

Y así termina su lección:

«Bajó, pues, del cielo, por su misericordia, pero ya no subió él solo, puesto que *nosotros subimos también en él por la gracia.* Así, pues, Cristo descendió él solo, pero ya no ascendió él solo; no es que queramos confundir la dignidad de la cabeza con la del cuerpo, pero sí afirmamos que la unidad de todo el cuerpo pide que éste no sea separado de su cabeza.»

Toda esta maravilla de comunión que nos anticipa ya aquí la alegría de la gloria eterna, estriba en la incorporación a Cristo por el Bautismo y en la comunión eucarística: «el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna».

La revelación cristiana da respuesta a las cuestiones más inquietantes que se plantea la razón sobre el más allá. ¿Cómo será la vida más allá de la muerte? Que

habrá vida es claro a la luz de la palabra de Dios. Que la vida será *abundante*, también. Que Cristo es el camino, otro tanto. El que come su carne y bebe su sangre tiene vida eterna. Ya ahora, en este mundo, en este tiempo. Tiempo asumido por el Verbo encarnado, abierto, por ello mismo, a la eternidad. La vida eterna se nos da, quién lo hubiera dicho, por medio de algo tan material como un cuerpo, el cuerpo humano del Crucificado que resucitó y adquirió una fuente de vida inextinguible del mismo Verbo en quien está eternamente la Vida en absoluta plenitud.

El Señor establece una relación estricta entre *vida eterna* y la Eucaristía. No cabe desear la vida eterna prometida y preparada por Cristo sin desear la Eucaristía. Consideración aparte merecería el caso de la ignorancia invencible. Podría hablarse aquí, análogamente al Bautismo, de una comunión eucarística «de deseo». La vida cristiana no se entiende sin la Eucaristía. La vida cristiana es en la tierra a la vez temporal y eterna. Somos «injerto» en Cristo (cfr. Rm 6, 5). Injerto que no da, sino que recibe la savia vivificante: la sabiduría, el amor, el vigor, la inmortalidad. Entonces, ¿cómo no poner la prioridad en lo eterno de la vida, en vez de ponerla en lo transitorio, por interesante que resulte?

Augusto Comte decía que «todo es relativo, sobre todo al tiempo». Hubiera acertado si hubiera dicho: «Todo es relativo, sobre todo a lo eterno». Sin absoluto no hay relativo. Si algo se mueve es porque algo no se mueve. Si percibo el paso del tiempo es porque hay algo en mí que no pasa con el tiempo. El relativismo radical es como un círculo cuadrado, un bloqueador de la razón, un ferroviario que va produciendo catástrofes con su caótico trasiego de agujas. La *dictadura del relativismo* es la dictadura del caos intelectual y del desbarajuste ético progresivo.

Echar el ancla en el Absoluto

Con el ancla en el Absoluto, se ve cómo todo lo demás es relativo. Relativo al Absoluto. Tan es así que incluso las cosas relativas participan de algún modo, en muy diversos grados, desde lo ínfimo a lo supremo, de la «absolutes» del Absoluto. Todo lo que existe guarda relación al Absoluto y, en consecuencia, se ha contemplar bajo el prisma de la eternidad. La eternidad no se encuentra en un futuro más o menos lejano, ya es en el tiempo; se ha introducido en el tiempo. El Verbo eterno del Padre ha instalado su morada y habita en el corazón del hombre. Es más, reside no sólo en mi alma, sino en mi sangre. La comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo confiere un *prenda*, es decir, un cierto derecho a la resurrección. El grano de trigo se entierra y muere. Parece que muere, pero resurge –por obra del Creador– con una nueva y fecunda vitalidad.

¿Por qué no nos mueve la vida eterna o nos mueve tan poco? ¿Por qué nos tiran más las frutas del tiempo? ¿Deseamos con vehemencia la vida eterna? Son cuestiones que se planteaba el cardenal Joseph Ratzinger, hoy Benedicto XVI, en la Academia Cristian de Praga (1992). Su respuesta era que la dificultad en el deseo de la vida eterna

«tiene que ver de un modo esencial con nuestra imagen de Dios y su relación con el mundo. Apenas podemos ya imaginamos que Dios haga realmente algo en el mundo y en los hombres, que él mismo sea un sujeto que actúa en la historia. Eso nos parece algo mítico y pre moderno. Hoy se ha convertido en completamente normal considerar los milagros del Nuevo Testamento no como tales milagros, reinterpretarlos como percepciones de sucesos condicionados por el tiempo en que surgieron; y también el nacimiento virginal de Jesús y su resurrección real, que privó a su cuerpo de la descomposición, son, en el mejor de los casos, privados de importancia, vistos como proposición de cuestiones marginales: parece molesto que Dios deba haber intervenido en fenómenos biológicos o físicos. El mundo una vez hecho está concluido, firme en sí

mismo y en sus cadenas causales, incluso aunque la imagen que de él tiene la física moderna ya no posea la evidencia definitiva, que en anteriores siglos se creía posible alcanzar. Hoy pensamos que el acontecer del mundo se explica exclusivamente por medio de factores internos a él. Nadie se ocupa de él al margen de nosotros mismos, y por ello tampoco esperamos nada de nadie, al margen de nosotros mismos, que nos sabemos, ciertamente, de nuevo en completa dependencia de las leyes de la naturaleza y de la historia. Dios ya no es --digámoslo ya-- un sujeto que actúa en la historia; es, en el mejor, de los casos una hipótesis al margen».

Sin embargo, Cristo resucitado es un hecho atestiguado en la historia. El tiempo finge una ilusión de eternidad y nos ciega para la verdadera vida en Dios. Nos lo montamos como si Dios no existiera y puede parecer que funciona.

«Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. / Y está como un Padre amoroso -a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos-, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando» (San Josemaría, *Camino* 267).

También Dios Hijo en su humanidad: «Yo estaré con vosotros siempre». La eternidad en el tiempo, el tiempo abierto a la eternidad. Saber a Cristo en el Sacrificio eucarístico, en los sagrarios donde está reservado, en nuestros cuerpos cuando comulgamos, en nuestro espíritu (con *su* Espíritu) siempre, es vivir no en la utopía sino en la presente realidad incoada del futuro, la vida eterna.

San Pablo dice una palabra fuerte: «el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios» (1 Cor 2, 14). ¿Cómo va a moverse por lo eterno quien nunca **se para a pensar** en la precariedad del tiempo y en su pasión de vivir en plenitud? Ciertamente, si se supone que más allá hay vacío, el vacío llena también el más acá y entonces sólo cabe la desesperación, o aferrarse al día, al momento, estrujarlo para que dé lo que no puede dar porque nada da lo que no tiene. Quien no echa el ancla en el Absoluto, relativiza lo absoluto y absolutiza lo relativo; la frustración es inevitable.

San Agustín resume la vida cristiana en «un santo deseo». ¿Qué deseo? El deseo de la santidad, de la vida eterna. Pero no una vida eterna futura, sino una vida eterna presente, inabarcable todavía, pero ya poseída. San Pablo se ve en la tierra ascendido -ya- con Cristo al Cielo, *co-sentado* con Cristo junto a Dios Padre: «Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amo, estando muertos a causa de nuestros delitos, **nos vivificó juntamente con Cristo - por gracia habéis sido salvados - y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús** (Ef 2, 4-6).

Mirar desde «arriba»

Es bueno situarse en espíritu y ejercitarse en el mirar, desde esas alturas, las cosas de la tierra que nuestros pies -por un tiempo- no pueden ni quieren dejar de pisar. Cristo, con su vida, muerte, resurrección y ascensión al Cielo, nos ha alfombrado el camino. Pase lo que pase, la mirada de Dios Padre es siempre «bondadosa y serena», como se lee en la plegaria eucarística romana. Todo pasa, todo es relativo, todo, menos el Absoluto y lo que participa intensamente del Absoluto, la persona, cada persona: un fin no *de* sí misma pero sí *en* sí misma. Alfombrémosle el camino, que hemos de ascender juntos, hasta más allá de las «nubes»: ese más allá que comienza en el más acá. Entonces se ven los sucesos del mundo en su verdadera perspectiva. «La historia no está en manos de potencias oscuras, del azar o de decisiones humanas. Al desencadenarse energías malvadas, al irrumpir con vehemencia Satanás, ante tantos azotes y males, se eleva el Señor, árbitro

supremo de las vicisitudes de la historia. El la conduce con sabiduría al alba de los nuevos cielos y de la nueva tierra, que se canta en la parte final del libro bajo la imagen de la nueva Jerusalén» (Benedicto XVI, Au. G., 2005-05-12, cfr. Apc 15, 3-4)). Dios no es indiferente ante las vicisitudes humanas, interviene eficazmente para hacer presente su proyecto de salvación. Las naciones deben aprender a 'leer' en la historia un mensaje de Dios. La aventura de la humanidad no es confusa y carente de significado, ni está sometida a la prevaricación de los prepotentes y perversos.

En la última noche de su vida terrena, dijo el Señor: «En el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). Han pasado veinte siglos. Es cierto que en ocasiones parece que Cristo fracasa, porque no reina la paz en la justicia, porque la civilización del amor brilla por su ausencia en tantos sitios. Pero el fracaso es de los que duermen y de los que teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen. La barca de Pedro sigue surcando los mares del mundo y no atraviesa su peor momento. Una muchedumbre inaudita exclamó en la plaza de San Pedro durante tres cuartos de hora: *iHabemus Papam!* ¡Viva el Papa!, y todavía no sabían su nombre, ni su origen, ni su edad, ni su idioma nativo, ni su país de origen, ni el color de su piel... Hubo *fumata bianca*. Yo estaba allí: era Juan XXIII. Luego se repitió la historia. Llegó Pablo VI. Después Juan Pablo I y en seguida Juan Pablo II. Ahora Benedicto XVI llena más que nunca la Plaza de San Pedro. A pesar de los pesares. «*Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe*», dice el apóstol, Juan, que con todos sus sentidos percibió el fracaso del Gólgota, y también a Cristo resucitado. El poder del brazo de Dios no se ha empequeñecido. El Espíritu de Cristo sigue fecundando el mundo. Pentecostés es inminente. Fue y continúa.♦



Escritos ARVO. Derechos reservados.

ESPIRITUALIDAD>TIEMPO PASCUAL